

Ven y Glen

Cerca de la costa de Zelanda, frente al castillo de Holstein, yacían antaño dos islotes boscosos —Væn y Glæn— con sus aldeas y caseríos. No estaban lejos ni de la tierra firme ni el uno del otro. Pero he aquí que uno de los islotes desapareció. Una noche se desató una tempestad terrible; el mar se encrespó hasta una altura que ni los ancianos recordaban haber visto jamás; la borrasca arreciaba cada vez más. Parecía que llegaba el fin del mundo, que la tierra se abría; las campanas en los campanarios se balanceaban y tañían por sí solas.

Fue en aquella misma noche cuando la isla de Væn se sumergió en las profundidades marinas, sin dejar rastro alguno. Sin embargo, a menudo después, en las tranquilas noches de verano, cuando el mar está claro y transparente, los pescadores que acechaban anguilas a la luz de un farol fijado en la proa de sus barcas veían (especialmente los de vista más aguda) en aquellas transparentes profundidades la isla de Væn, su blanco campanario iglesia y los altos muros de la iglesia. Y así surgió entre los habitantes del otro islote la creencia de que «¡Væn espera a Glæn!». Los pescadores contaban que habían visto la isla desaparecida, que incluso habían oído el tañer de sus campanas; pero todo eso no era sino una ilusión. Seguramente eran cisnes salvajes los que cantaban, pues suelen reposar frecuentemente sobre la superficie del agua en aquel lugar, y su lamentoso canto recuerda el distante repique de las campanas.

Hubo un tiempo en que muchos ancianos de Glæn recordaban bien aquella noche tormentosa, y recordaban también la época en que, siendo niños, cruzaban durante la marea baja el estrecho canal que separaba su isla de Væn, tal como ahora se cruza el estrecho que separa Zelanda de Glæn; pues el agua apenas alcanzaba entonces el eje de un carro.

«Væn espera a Glæn» —así surgió la creencia, y todos sabían que llegaría el día en que se cumpliría.

No es de extrañar que muchos niños y niñas pensaran a menudo durante las noches de tormenta: «¡Quizás esta noche Væn venga por Glæn!». Aterrorizados, comenzaban a rezar el Padre Nuestro, luego se dormían dulcemente, y por la mañana —Glæn, con sus bosques, sus campos de trigo, sus acogedoras casitas campesinas cubiertas de lúpulo— seguía estando en su lugar. En el bosque cantaban los pajarillos, jugaban los gamos, y el topo, por muy fino que tuviera el olfato, aún no percibía olor alguno a agua marina.

Y, sin embargo, los días de la isla están contados; no podemos decir con certeza cuánto tiempo le queda todavía de existencia, pero, no obstante, sus días están contados: en una hermosa mañana la isla desaparecerá.

Acaso ayer mismo estuviste en la orilla contemplando los cisnes salvajes que se mecían sobre el agua entre Zelanda y Glæn, observaste cómo una barca con las velas desplegadas se deslizaba junto a la costa boscosa, cruzaste tú mismo a la isla a vado —pues no había otro camino—, y los caballos chapoteaban directamente en el agua, que salpicaba las ruedas.

Pero luego te marchas de allí, viajas quizás por el ancho mundo y regresas a tu patria solo varios años después. Miras —y ante ti se extiende un enorme prado verde rodeado de bosque; frente a las pintorescas casitas campesinas fragan las hacinas de heno. ¿Dónde has ido a parar? El castillo de Holstein sigue brillando con sus agujeros dorados, ¡pero ya no está en la misma orilla, sino muy lejos de ella! Caminas por el bosque, por el campo, hacia la ribera del mar... ¿Dónde está Glæn? Ante ti no hay isla alguna, ¡solo mar abierto! ¿Es posible que Væn haya venido por Glæn, como decía la creencia? ¿Cuándo se desató aquella nocturna tempestad, cuándo ocurrió tal terremoto que desplazó el antiguo castillo de Holstein miles de pasos de gallo hacia el interior del país?

Nunca hubo tal noche tormentosa; todo sucedió a la luz del sol, de día. La mente humana construyó diques, bombeó el agua del estrecho y unió Glæn con la tierra firme. El estrecho se convirtió en un prado verde cubierto de jugosa hierba; Glæn quedó firmemente adherido a Zelanda. El viejo castillo permanece en su lugar original. No fue Væn quien vino por Glæn, sino Zelanda quien lo atrajo hacia sí con sus manos —los diques—, bombeó el agua que la separaba de la isla y pronunció el conjuro que los unió en lazos matrimoniales. Y la isla trajo consigo su dote —¡Zelanda se enriqueció con muchas decenas de tierras! Todo esto es verdad, incluso se ha publicado en los periódicos. Así pues, la creencia se cumplió: la isla de Glæn ha desaparecido.